

—¡Oh! yo he dicho á usted que yo lo estimo como un buen señor, mas no como un amante.

—¡Ah miserable de mí! ¡miserable! ¡miserable!.....

Y Don Aristeo se soltó llorando amargamente, y como era la hora del lunch, Ketty le volvió la espalda.

Al dia siguiente, aprovechando el sopor y la postracion del enfermo, fué colocado en una camilla y trasladado al hospital de San Andres.

CAPITULO XXXII.

SOLEDAD DEL ALMA.

HAY en cierto lugar de México una calle que en su acera que ve al Norte tiene algunas casitas como la que vamos á describir.

El propietario, deseando construir habitaciones con las comodidades necesarias para una familia reducida, levantó, en lo que algunos años ha era un solar, una casa cuya planta baja la forman una pieza que da entrada á otra, que pudiera ser sala, á un pequeño patio donde hay una cocina y un lavadero, y á la vez da paso á una escalera de ma-

dera que conduce á la planta alta, compuesta de tres piezas y un pequeño corredor.

Allí vivía Amalia.

Su menaje era triste y pobre: un catre de fierro, algunos baules, algunas sillas y una mesa.

Realmente el tiempo se habia desplomado sobre Amalia; estaba inconocible: no obstante, un observador hubiera podido notar los restos de un esplendor que habia muerto ya.

Amalia no habia abandonado el corsé, y el corte de sus vestidos traia reminiscencias de época mejor; algunos objetos de lujo contrastaban con el menaje y la soledad de aquella casa, á donde solo habian entrado Amalia y la Chata.

Amalia llevaba muchos dias de no llorar, y en su conversacion habia podido notar la Chata cierto desorden de ideas que esta atribuía á falta de alimento y nutricion. Efectivamente, Amalia iba olvidando el comer.

Estaba servida por una sola criada: los dias y las noches se sucedian para Amalia de una manera triste, lenta y monótona.

En los momentos en que volvemos á verla, acababa de pasar uno de sus dias mas amargos; estaba sentada en un taburete cerca de una ventana: las sombras se habian enseñoreado en su habitacion desmantelada, y reinaba allí un silencio profundo; solo los últimos reflejos del crepúsculo le prestaban una tinta opaca y mortecina.

Amalia llevaba dos horas de no cambiar de actitud; no

se habia movido durante ese riempo, y aquella inmovilidad, el color gris de su vestido y la luz triste que la iluminaba, hacian recordar esas grandes aves nocturnas que en el recodo de algun añoso tronco, esperan graves é imasibles que el sol acabe de ocultarse para tender las alas y lanzarse entre las sombras á sus rapiñas, á sus deprecaciones y á sus amores.

Amalia nada esperaba, Amalia no tenia ningun amigo: la habian abandonado todos; y algunos cumplimientos frios, algunos gestos de desden mal disimulados, habian sido las últimas demostraciones de su mundo anterior. Amalia habia recogido uno á uno esos restos de consideracion y habia llorado sobre ellos, como habia reido antes sobre las flores que la arrojaban al pasar.

¡Cuan desgarradora era la amargura de Amalia! La soledad de su alma se parecia á las ruinas de esos templos profanados que se desmoronan y cuya nave recuerda todavía los raudales de oracion que desde allí se elevaron al cielo.

Amalia no tenia la resignacion del sufrimiento, ni su dolor era engendrado por el deseo de ocupar de nuevo el pedestal de que habia descendido; las lágrimas de Amalia eran las lágrimas de la desolacion de su alma.

Amalia, como sabemos ya, no habia tenido nunca en el mundo otro culto que el de su propia persona, y pasando por alto desde las arduas cuestiones de moral y deber, casi no le habia alcanzado el tiempo mas que para vestirse, para cuidarse, para mimarse á sí misma; habia encontra-

do la suprema felicidad en un olan encañonado, en un corsé que le pudiera disminuir el volúmen del torso, ó en un velo que pudiera hacer creer, entre él y el albayalde, que el espectador tenia delante una beldad incomparable.

Amalia no habia puesto jamas en duda la acepcion lata de la galantería: cuando le decian «hermosa» lo creia justo, y todo elogio acerca de su persona era para ella la expresion de la verdad y la justicia.

Se habia acostumbrado á ver venir los hombres hácia ella, siempre trayendo en las manos el prospecto de su entusiasmo, la seguridad de su conquista ó cuando menos una flor; de manera que cuando Amalia notó en los hombres que la rodeaban los primeros síntomas de tibieza y luego de desvío, encontró este proceder tan desusado é injustificable, que le preguntó mil veces al espejo si los hombres habian cambiado todos simultáneamente, ó la misma Amalia habia sufrido una trasformacion incomprendible.

Bastaron algunos dias de sufrimiento, para que Amalia fuera impotente contra los estragos del tiempo, y la vejez, detenida ante la barricada de un tocador bien provisto, se desplomó de pronto sobre Amalia, apoderándose, con la avidéz de un buitre, de sus pómulos, de su dentadura, de su laringe, de sus hoyuelos, de sus cabellos y de todos sus encantos.

Jamas el tiempo ha confeccionado una vieja mas rápidamente; jamas el atractivo femenino ha huido en mas vergonzosa derrota; y como en este cambio de decoracion

nada quedaba en aquel templo que Amalia se habia erigido á sí misma, ídolo y adoradores habian desaparecido repentinamente.

Sacó á Amalia de su enagenamiento, un acontecimiento inesperado; tocaban á su puerta.

Amalia abrió la ventana y á pesar de las sombras conoció á la Chata.

Un momento despues, Amalia conducia de la mano á su antigua amiga, al traves de la oscuridad de la habitacion, y la hizo sentar.

—¿Qué haces? le preguntó la Chata.

—Ya lo ves, morirme.

—Pero esto no puede ser, Amalia; es necesario pensar en que cambies de vida: te has encaprichado en matarte lentamente, y no hay razon que te aparte de tus necias resoluciones.

—No tengas cuidado, Chata, todo va á concluirse: afortunadamente veniste: queria decirte adios.

—¡Amalia! ¿qué estás diciendo?

—¿Por qué te sorprendes? ya sabes cuanto he odiado á las viejas; yo nunca he querido llegar hasta allá y tenia razon. ¿Quieres que espere todavía mas desengaños? Ya lo ves, todo el mundo ha desaparecido: estoy sola, sola..... y fea.

—Pero si prescindes del deseo de figurar como muger en el mundo galante, tienes aun por ventura muchos dias delante que consagrar á tu alma.

—¿Vieja rezadora? ¿Yo convertida en una bruja de sa-

cristía? No lo creas, Chata, parece que no me has tratado tantos años.

—¿Y tu salvacion?

—Mi salvacion es la muerte.

—¿Y tu alma?

Amalia se encogió de hombros y despues de una pausa dijo:

—¿Crees que haya en el mundo placeres para mí?

—Bastante has gozado ya en el mundo; ahora podrias gozar.....

—¿Cómo?

—Practicando la virtud.

—¿Soy acaso virtuosa?

—Practicando la caridad.

—Caridad que necesito para mí, ¿ó pretendes que dé limosna en lugar de pedirla?

—Por Dios, Amalia, que estás inconocible.

—Al contrario, ahora es cuando empiezas á conocerme. Yo no tengo la culpa de haber nacido en una época en que para valer algo la muger necesita ser reina aunque haya nacido pobre; estoy persuadida de que mi mision ha concluido; pretender vivir seria lo mismo que aceptar en la vida un papel al que nunca he podido avenirme; yo no nací para ser pobre ni fea; prefiero la muerte al desprecio de las gentes.

Habia en el acento de Amalia cierta expresion de seguridad y de firmeza, que revelaba que sus resoluciones eran irrevocables y el resultado de una larga meditacion.

La Chata lo comprendió así, y se espantó juzgando que su amiga habia llegado al colmo de la desesperacion.

—Amalia, sean cuales fueren tus resoluciones, óyeme: venia no solo á consolarte, sino á darte noticias..... noticias de Ricardo; iba á decirte ademas que tu vida va á cambiar completamente, y que debes desechar esas ideas lúgubres..... y sobre todo, ofréceme que no vas á hacer una barbaridad.

Amalia no pudo contener un ligero quejido.

—¿Qué tienes? preguntó la Chata, perdiendo cada vez mas el aplomo y la serenidad que solia tener en las situaciones difíciles; ¿qué tienes? ¿acaso has tomado algo?.... ¿Estarás envenenada? ¡Amalia! ¡Amalia!

Y la Chata se deshizo en lágrimas arrojándose en brazos de su amiga.

—Tranquilízate, Chata, le dijo Amalia al cabo de un rato y con el mismo tono de voz con que habia hablado anteriormente; ya sabes que nada te oculto, y lo que es en esta ocasion no me permitiria engañarte. Cuando esté próximo mi fin te llamaré para que cierres mis ojos; pero todavía no es tiempo: pueden alcanzarme las fuerzas para vivir un poco mas..... pero nada mas un poco; por hoy debes creerme, estoy bien, porque me ha parecido ridículo morir en sábado: este es un dia funesto para mí.

Costó, sin embargo, mucho trabajo á Amalia tranquilizar á la Chata, quien despues de haberle exigido mil protestas y juramentos, le preguntó:

—¿Y tu criada?

—No está en casa; pero ya vendrá.

—¿Estás sola?

—Como siempre; yo estoy sola siempre.

La Chata, á pesar de todo, no queria dejar sola á Amalia, pero á la vez pensaba que era urgente arrancar á su amiga de allí y hacerle cambiar radicalmente de modo de vivir; sabia efectivamente que Ricardo habia vuelto á México, y se propuso servirse de él para arrancar á Amalia de los brazos de la muerte; de manera que, ofreciendo volver en aquella misma noche, se despidió de Amalia.

CAPITULO XXXIII.

CONCLUSION.

SANCHEZ instigado por su famoso amigo Delgadillo, puso en práctica sus consejos y pretendió convertir en criminal grangería el negocio de que lo habia encargado Cárlos.

Sanchez con la esperanza de realizar felizmente aquella tentativa, que, segun Delgadillo, los iba á enriquecer, pidió nuevos plazos y alentó á sus acreedores; se proporcionó algunas cantidades, de las cuales participó Delgadillo, y ambos amigos se entregaron de nuevo al mundo